

CAPITALISMO CIVILIZADO: ITACA O BECERRO DE ORO

La moda es el olvido de las tradiciones solidarias. Aunque no estén de moda hay que recuperar su memoria histórica, que para el articulista exige el encuentro con Dios en Cristo.

Por J. M. Oriol

Hace unos veinte años todos éramos anticapitalistas. Nos parecía intolerable vivir en un sistema social fácil y próspero para una minoría, pero económicamente explotador, políticamente opresor y culturalmente alienante para la mayoría. De una manera más o menos vaga o explícita en la conciencia, según la matriz cultural predominante en cada grupo humano, aparecía además la percepción del sistema capitalista como un fuerte condicionante que impedía o frustraba la búsqueda de la felicidad personal, del significado de la vida, de su origen y de su destino. En el centro del análisis social estaba la idea, ya citada, de alienación. Aparecía en el cine, en la literatura y en la filosofía. En general, en la contracultura de todos los movimientos de contestación. Formaba el núcleo central del análisis político de la entonces llamada nueva izquierda en todo el continente. La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt que de manera más o menos inmediata influía en todos nosotros venía subrayando cómo el sistema social obligaba a adoptar actitudes y comportamientos que parecían naturales, y no impuestos, porque correspondían a lo que parecía ser la naturaleza de las cosas.

En efecto, hay que señalar que en la historia cultural reciente ha sido mérito de esta Escuela mostrar y documentar en diversos ámbitos o dimensiones de la actividad y la expresión humana (desde las relaciones sexuales a la política, desde la actividad comercial al arte) cómo existen "evidencias" que son prefabricadas e impuestas por el sistema social. La gente, y no sólo la gente de a pie, sino la inmensa mayoría de los protagonistas de la escena pública, considera evidentes muchas cosas que, de hecho, están determinadas por el poder económico, sancionadas por el político, y finalmente, transformadas en sentido común por los medios de comunicación de masas. Frente a la falsedad de la ideología, la contracultura se concebía, con mayor o menor lucidez, como búsqueda de la identidad humana y del valor verdadero, original, en opinión más o menos radical, a lo socialmente prefabricado e impuesto.

Esa búsqueda reunía y acercaba en una especie de sintonía generacional a muchos individuos y grupos sociales; implicando con ellos también a sus cul-

100/150
100/150

turas originarias de pertenencia. En nuestro país, fundamentalmente católicos, comunistas y libertarios; en menos medida, socialdemócratas y liberales.

He querido recordar para empezar estos trazos básicos de aquella situación para ver mejor el contraste actual. Es impresionante cómo ha cambiado radicalmente el estado de ánimo de la opinión pública, y, precisamente, a partir de nuestra generación. Hoy es signo de modernidad tener dinero o fortuna, llevar trajes de marca, etc., etc. Adaptarse, en resumen con éxito al sistema social y a la opinión dominante. Miguel Morcy en "El País" (un ejemplo entre cientos de miles que podemos diariamente ver en la prensa, en la radio, en la televisión, en los libros) se lamentaba de las "causas perdidas". Una vez más era un lamento de todas las batallas por causas perdidas hechas en nuestra tierra juventud, ahora imposibles de sostener, mientras que todo el mundo se pliega, de una manera más o menos disconforme, pero se pliega, a los dictados del poder.

En el centro del debate político hay una sofocante demanda de modernización del sistema económico, de la política, de las costumbres. El criterio básico de las reformas modernizantes es la exigencia de funcionamiento (como dijo Felipe González en 1.982 pocas horas antes de un encuentro con intelectuales al que yo estaba invitado), que "España funcione": el resumen del poder. Y frente al sistema, frente a la imagen codiciada y mítica de una maquinaria social perfecta, engrasada, absorbidora de toda conflictividad y oposición, correctora mecánica de cualquier posible error o malformación humana, las exigencias de la persona misma, de las personas concretas, pasan a segundo plano. Es más, lo personal, la persona en sí, se disuelve y desaparece. Se sigue usando la palabra **persona** cada vez más estrictamente como sinónimo de **individuo**, pero se concibe simplemente como un efecto del sistema y en función del sistema. Por todas partes triunfa el poder que plasma las conciencias, las cuales ya no tienen ningún punto de apoyo para constituirse como conciencias personales y resistir a la presiones de diverso tipo de las que son objeto,

Todo esto ya lo había predicho también, hasta cierto punto, Max Horkheimer, el fundador de la escuela de Francfort, en la última fase de su reflexión. En un artículo suyo titulado "Lo que nosotros llamamos sentido desaparecerá", Horkheimer argumentaba justamente que el significado, entendido clásicamente como nexa y comparación de las exigencias originarias de la persona con el dato que nos ofrece la contingencia, desaparecería llegado el momento en que la decisión dependiera sólo de la síntesis entre necesidades y reglas intrínsecas a los diversos sistemas que articulan la vida social y determinan la personalidad de las personas. La persona, entonces, ya no será otra cosa que la suma de los valores sociales que el sistema, o si se prefiere otra palabra más expresiva, el poder, le asigne y le atribuya.

El resultado de todo esto lo tenemos delante: un hombre que puede estar bien alimentado y alojado, distraído y mantenido con buen humor por la

industria del ocio, convencido por los medios de comunicación de que está bien informado y participa de las decisiones públicas del poder; pero que ya no tiene capacidad para plantearse la cuestión fundamental del sentido de la vida, y como consecuencia está tuado para ejercer su libertad. La misma idea de la existencia de un destino y de una posible felicidad personal, desaparece; o como decía el neurobiólogo Rodríguez Delgado, la felicidad se alberga en una parte del cerebro y se puede manipular para que se produzca. Es perfectamente posible estar obtusamente satisfechos y ser, al mismo tiempo, dramáticamente infelices; y es lo que ocurre cuando se carece de conciencia personal del propio destino.

Naturalmente, no todos pueden estar satisfechos. Incluso en la organización más perfecta y racionalizada seguirán existiendo pobres e infelices y hasta parados y marginados. Hombres y mujeres para los que la simple conservación de la existencia puede ser problemática. Pero no hay razones para plantear su problema como una cuestión general, y por eso no constituyen un escándalo que interpele ya a la conciencia de todos. Ahora sí, y no como ocurría, a pesar de todo lo que se diga, en el viejo asistencialismo cristiano, son transformados en objetos de asistencia social organizada, institucional y profesionalmente. Lo que importa ya no es apuntar su exigencia de felicidad, que además no pueden expresar por la condición a la que están reducidos y de la cual sólo confusamente pueden tomar conciencia, sino que lo que importa ahora es obrar de manera que su protesta no perturbe la tranquilidad de los satisfechos.

Asistimos además, sobre esta base de despersonalización, a una acentuación en todo el mundo (ya no sólo occidental, sino también en los países del derrumbe comunista) de la importancia de los llamados "valores comunes". La fabricación de "productos éticos" para el común disfrute y consumo, inunda todos los medios y soportes de información; desde el papel a la electrónica, desde las aulas universitarias a las consultas para amas de casa con expertos de todas clases por la radio.

Se dice que una sociedad pluralista (un mito al que me referiré más adelante) y secularizada no puede basarse ya en los valores y la concepción del hombre que caracteriza a una particular tradición cultural o religiosa. Por otra parte, ya se ha hecho la experiencia de construir sociedades sobre bases intolerantemente materialistas y se ha visto que no han podido subsistir. De hecho, por el contrario, las sociedades secularizadas occidentales continúan funcionando aceptablemente: la gente trabaja, se la paga, florece el comercio y los intercambios, nacen niños, quizá pocos, en resumen, se vive. La gente además hace uso de ciertas valoraciones éticas: habla de lo justo y lo injusto, y se encuentra incluso más o menos de acuerdo, al menos en algunos puntos. ¿Por qué entonces no apoyarse en esos valores comunes que afloran en la convivencia humana, y ponerlos como base de la vida social?

La elaboración de estos valores y su justificación se convierte así en la

tarea que se asigna a una nueva casta de intelectuales al servicio del sistema, curiosamente extraídos en su mayoría de las viejas filas contestatarias. Y aquí se pretende y se logra hasta cierto punto incluir a esas agencias que están en cierto sentido especializadas en el cuidado de los aspectos espirituales de la existencia: las iglesias. Eso sí, prohibiendo a las iglesias que se metan, que intervengan en el contenido de los valores. No es lícito pretender sacarlos de revelación alguna o de cualquier contacto del hombre con lo divino; ni tampoco pretender basarlos en una pretendida ley natural que pudiera eventualmente ser accesible a la razón humana y, por tanto, a la especulación filosófica. Muy al contrario, el contenido de los valores debe determinarlo la conciencia socialmente dominante. Religión y filosofía tienen que limitarse a conferir a esos contenidos una forma universal y válida para todos. En la versión marxista-leninista de esta sociedad productora de su moral, este mecanismo era más evidente; el proceso se desarrollaba, por así decirlo, a la luz del día: el partido decidía lo que era bueno y los filósofos y teólogos de las diversas academias u organizaciones de curas por la paz o por el socialismo, se afanaban en demostrar por qué debía ser así.

Pero en nuestras sociedades el proceso es más encubierto. Está menos férreamente organizado y quizá por eso mismo es bastante más cínico: hay que pensar y hay que hacer lo que piensan y hacen todos. El programa de radio y televisión con éxito, la columna periodística y el best-seller, o mejor aún la famosa sinergia entre todos ellos, bien controlada por los grupos de poder en la comunicación. Estos son los que forman la opinión a la que filósofos y teólogos, o simplemente pensadores de a pie debemos servilmente plegarnos. En el debate sobre los valores comunes, el acento recae sobre lo común y no en el valor. En efecto, es muy distinto partir del encuentro con el valor y de su reconocimiento para luego proceder a confrontarlo con la propia vida y con la experiencia de los demás, persiguiendo así un reconocimiento más cierto y mayor del valor encontrado, que partir al revés de lo que es común, con lo que se termina incluso por negar la posibilidad de descubrir y reconocer como valor todo aquello que no es aceptado de antemano por la opinión común.

Las dos dinámicas difieren, y no sólo por su dirección opuesta, sino por las posibilidades que encierran. En la segunda, de lo común al valor, queda eliminada metodológicamente toda referencia a la verdad objetiva y a la experiencia original de la persona. Si ésta está íntegramente hecha por las circunstancias, queda necesariamente subordinada al poder que controla las circunstancias y, de manera mediata produce a la persona misma. Como dice Veloratzky, uno de los sociólogos críticos más interesantes de la Europa actual, checoslovaco, exiliado en Génova, el estado produce a sus ciudadanos, la industria produce a sus consumidores, las editoriales producen a sus lectores, etc., etc.; y todo queda crecientemente homologado y sellado con marcas, eso sí, variadísimas, que producen el espejismo de un pluralismo rabioso. En realidad, no hay otra cosa que una homologación obtenida mediante el rasero de la mayor mutación antropológica jamás acaecida hasta

ahora con semejante grado de extensión y profundidad. Pasolini ha sido, quizá, uno de los observadores contemporáneos más nítidos al respecto. Sugiero repasar sus "Escritos corsarios".

Ahora bien, solamente si existe una verdad objetiva y original, que no puede cambiar ni las circunstancias ni el poder, sólo en ese caso tiene la persona un punto firme al que agarrarse para encontrar consistencia y energía con la que existir y crecer en libertad. La doctrina católica es a este respecto paradójica y, al mismo tiempo, intensamente humana. Por un lado, dice que semejante punto de consistencia y de resistencia existe. Se trata de la famosa ley natural que, según San Pablo, está inscrita en el corazón de cada hombre. Y por otro lado, subraya que este punto de resistencia original es frágil y que cede fácilmente a la violencia abierta u oculta que el poder ejerce de diversas maneras. Ya el viejo Adán traicionó a la verdad cuando rechazó el nexo existente entre su libertad y la obediencia y pertenencia a Dios. El impulso hacia la verdad y la justicia permanece en sus descendientes, pero está desfigurado; y por eso la resistencia de la justicia y la verdad frente al poder sólo adquiere la consistencia capaz de victoria en Cristo, el nuevo Adán. Esta es la posición católica, sintéticamente. Por eso, apoyados en esta antropología fundamental, los cristianos podemos siempre formar frente común con los hombres que se adhieren a esa ley inscrita en su corazón. Pero no podemos eludir jamás la responsabilidad de afirmar y demostrar dónde se halla para nosotros su verdadera posibilidad de victoria. Una victoria que no consiste tanto en los éxitos obtenidos en la lucha en el mundo, claro, cuanto en la posibilidad de permanecer fieles a la verdad, tanto en caso de victoria como de derrota histórica contingente, sin que en el curso de la lucha el corazón se endurezca y nos induzcan a apoyarnos en el mal para conseguir el éxito. Esa condición de posibilidad para nosotros es Cristo, encarnado en la forma de una compañía que sostiene y corrige continuamente al hombre en el cumplimiento de la tarea de su vida, y que se llama Iglesia.

En la actual encrucijada histórica, en la que lo que se halla asediado y casi exhausto es el corazón mismo del hombre, es decir, la estructura originaria de la persona, el lugar del que brotan los impulsos y los deseos que constituyen a la persona misma, es especialmente decisivo este **non tacere** del cristiano, porque en ello nos va a todos, y no sólo a los que somos cristianos por la gracia de un encuentro inmerecido, nos va a todos la posibilidad de vivir y respirar en libertad. Exactamente como al que tiene otra hipótesis de humanidad; en la misma línea, si no la afirma entera, con todas las respuestas y todas las condiciones de posibilidad que para él hacen posible esa victoria, nos está negando a todos la posibilidad de vivir y respirar en libertad.

Pero antes de adentrarme más en la respuesta cristiana ante la situación, quiero subrayar todavía la diferencia que existe entre los valores naturales que pertenecen a la conciencia del hombre, y los valores comunes que se basan no en la estructura original del hombre, sino en la opinión dominante. Aunque sus contenidos puedan coincidir alguna vez (hoy casi por casualidad)

el tipo humano que configuran unos y otros es esencialmente diferente. En el primer caso, se trata de personalidades libres que forman sus propias convicciones en el diálogo con el misterio del ser, apoyándose en la confrontación con, y en la compañía de sus hermanos de fe, o en general, de los demás hombres. En el segundo caso, se trata de personalidades gregarias que buscan desesperadamente una originalidad ficticia y, de hecho, cada vez se enredan más en la dependencia del poder dominante. Hay gran diferencia entre la **moralidad** de unos y el **moralismo** de los otros, o entre el sentido de **pertenencia** a la comunidad de unos y la **dependencia** de la masa de los otros.

Pues bien, a partir de una experiencia originaria de la verdad del hombre, y en la medida en que ésta toma cuerpo en una comunidad de personas, es posible intervenir en el discernimiento crítico y en la transformación de los valores comúnmente aceptados. En una sociedad que tiende hacia la homologación creciente, por obra del poder, **Comunión y Liberación**, experiencia a la que yo pertenezco, es uno, digo, de los poquísimos puntos en los que continúa vigente e incluso se acrecienta la crítica del poder; cosa que constituyó la intuición más justa de los años 60 y primeros 70.

La crítica de **Comunión y Liberación** al poder ha podido crecer y reforzarse a lo largo de estos años porque desde el principio no fue ni es ideológica. No nos hemos opuesto al sistema capitalista en nombre de otro sistema socialista, o con el apellido que se quiera, más o menos presumiblemente justo, organizado y eficiente, más o menos superior material y moralmente, como se decía hace un tiempo. Sinó en nombre de una experiencia de liberación en marcha que despierta de inmediato energías para construir formas nuevas de vida para el hombre.

Para quien haya seguido las informaciones y deformaciones de la prensa española sobre Italia, cabe decir que aquí es donde se inserta la lucha sostenida, hasta derribarlo el año pasado, contra De Mita y el "demittismo" en la democracia cristiana italiana. Una tendencia, el demittismo, perfectamente funcional a esa modernización tecnocratizante del país. El propio De Mita, cuando vino a España, ya lo dijo en público: "yo quiero hacer en Italia lo que Felipe González en España".

El problema prioritario no es reformar las reglas de interacción y florecimiento interno de los sistemas económico, político y de control social, sino más bien garantizar y acrecentar espacio para la creatividad humana en todos los ámbitos sociales. Y esto también en la democracia italiana que es, yo afirmo, la más libre de Europa, la más participativa de Europa, la más democrática, profundamente democrática de Europa. Esta postura nos ha llevado en estos últimos años a redescubrir la doctrina social de la Iglesia con un acento particular. La entendemos como conciencia activa de un movimiento que camina en la historia, o sea, como autorreflexión de un sujeto que vive ya una experiencia de liberación. Es decir, no se trata ya solamente de una doctrina filosófica, sino de la dimensión social, de la conciencia comunal de un

hombre nuevo, un pueblo nuevo que se afana por construir su casa en el mundo. O dicho bíblicamente, por dominar y transformar la Tierra de modo que ésta sea cada vez más digna morada para el hombre. La novedad de vida que el cristiano se propone y propone a los demás sería ilusoria e ideológica si no se concretara sobre todo en sus relaciones de trabajo; en ese actuar junto a otros mediante el cual construimos nuestro propio ambiente y también a nosotros mismos.

Las formas nuevas de vida que la fe compartida genera, en cuanto experiencia de liberación, tienen hoy, en cierto sentido, la misma finalidad mesiánica que tuvieron los milagros durante la predicación de Jesús en Palestina o en los tiempos apostólicos. Esas formas no son el Reino de Dios, pues tal reino no es de este mundo, pero son como barruntos o signos visibles del Reino. Este, permanece como misterio en la historia, pero sus signos están visibles en ella y atestiguan como misteriosamente el Reino mismo y éste ya está realmente presente.

El signo atrae a la historia hacia sí y la transforma desde dentro. En otras palabras, nosotros no defendemos la utopía de una sociedad perfecta, guiada por un conocimiento total del devenir social y necesariamente gobernada por un poder omnisciente y omnipresente, que por lo menos lo pretende; sino más bien demostrar aquello de que es capaz la libertad del hombre cuando se entrega a la presencia de Cristo y se concibe como testimonio de esa presencia.

A partir de este enfoque, hemos redescubierto las categorías fundamentales de la doctrina social: la **libertad**, es decir, el derecho a seguir la voz del propio corazón para emprender obras e iniciativas y construir en la sociedad, en la **solidaridad**, porque la tierra y la casa que queremos construir es de todos y el trabajo, por su propia naturaleza une y educa en la comunión. Y de acuerdo con el famoso **principio de subsidiariedad**, que señala cómo el Estado, en lugar de afrontar las necesidades sociales sustituyendo la responsabilidad y la libertad de las personas y sus comunidades intermedias, lo que tiene que hacer es estimular y apoyar y como mucho canalizar la iniciativa que nace de la sociedad.

Siguiendo este proceso, hemos aprendido a distinguir el **capitalismo**, en el sentido en que se usa el término en nuestra propia tradición, en la "Laborem Exercens" y el magisterio pontificio de este siglo en general, es decir, como dominio de las cosas y del dinero sobre el hombre, de la **iniciativa empresarial**, que es capacidad de ver y de pensar lo nuevo, y de intervenir creativamente en el ambiente para responder a las necesidades. La lucha contra el capitalismo exige, de este modo, no menos sino más libertad e iniciativa empresarial. Animada, claro está, por la solidaridad.

Y entramos en la última parte: **¿Cómo se conjugan entre sí libertad y solidaridad?** Es claro que nadie niega, en principio, la necesidad de ligar

estos valores entre sí, pero la discusión teórica sobre el modo de hacerlo y sobre la posibilidad misma de perseguir semejante finalidad podría prorrogarse hasta el infinito. Sólo hay algo que la podría cortar de raíz: Que exista una experiencia de hombres que perciban **de hecho**, cómo esa unidad entre libertad y solidaridad brota espontáneamente de una comunión originaria, anterior a cualquier decisión o razonamiento. A partir de semejante experiencia, también la discusión teórica adquiere interés y vigor porque refleja una unidad entre teoría y praxis; justo lo que está perdido en nuestro tiempo, radicalmente, y que está en el centro de la crisis de la persona. Ya no se tiende, entonces, hacia una sociedad perfecta, a realizar un modelo abstracto, sino hacia una sociedad libre, en la que sea posible entregar la propia libertad al valor encontrado y reconocido en un acontecimiento vivo y actual y la "**communio**" personal que nace en profundidad a través de múltiples tentativas y realizaciones, siempre incompletas e imperfectas, pero siempre orientadas a alcanzar una mayor dimensión humana para la vida de todos.

Nuestra polémica actual contra el poder hereda, pues, cuanto había de auténtico y positivo en el anticapitalismo de los años 60 y 70, separando la ganga ideologista que, por el contrario, ha llevado a algunas corrientes de pensamiento, desde aquel mismo punto, a consecuencias dramáticamente negativas o, por lo menos, desalentadoras y conducentes al extravío y, finalmente, a **adorar el oro del becerro**. Sobre todo esto, haría bien en reflexionar con mayor atención toda la izquierda o lo que queda de ella en nuestro país. Desaparecida la alternativa como sistema al capitalismo, la izquierda está tardando demasiado tiempo en encontrar razones que legitimen los aspectos positivos de su experiencia histórica.

La lucha contra la alienación y mercantilización de todos los vínculos sociales, la defensa de los pobres y los débiles, etc. Parece como si el fracaso del marxismo tuviera que llevar necesariamente, no ya redescubrir el valor de la empresa (lo que sería positivo si de verdad se redescubriera en una perspectiva solidarista), sino a apropiarse con retraso de todas las razones clásicas del capitalismo, sin encontrar ya para nada en el valor de la solidaridad y en una experiencia de liberación humana algún principio con que circunscribir, limitar y conducir, en la medida de lo posible, hacia su superación al propio capitalismo. Y así ocurre, entonces, que en el fondo casi los únicos que quedamos hoy contestando y criticando el proceso de racionalización y "modernización" actual, y el nuevo poder que está cobrando forma con él, somos los llamados **neocatólicos**.

El obstáculo mayor para comprender esta postura que vengo delineando es el "estatalismo" que hoy abraza y, no sólo en España, a izquierda y derecha. Es cierto que de "boquilla" todo el mundo choca hoy día contra él, pero su forma nueva son, precisamente, los grandes partidos, sindicatos y grupos económicos que destruyen cada vez más lo que queda de Estado democrático, es decir, de emanación institucional que arranca, precisamente, de la sociedad, para sustituirlo con sus propias fuerzas y adueñarse de ese modo más efi-

cazmente, del control de la sociedad. Todos hablan de la libertad de iniciativa empresarial, pero sólo para los grandes grupos, para los que ya están situados en el juego de la economía y controlan los accesos a él. Estos nada temen más que una democratización efectiva del derecho de iniciar una empresa económica. Nada vigilan más que una irrupción en el mercado de nuevas formas creativas que pudieran poner en cuestión las posiciones de poder consolidado, reformadas por un férreo sistema de alianzas que atraviesa todos los partidos: el mundo de la industria, la banca y los grandes grupos de multi-media. Todos éstos hablan también contra el estatalismo, apoyándose en los grandes teóricos **neoliberales**, pero ciertamente no están dispuestos a renunciar al poder, al control y la dirección que, con más elitismo que nunca si cabe, mantienen y tienden a mantener.

Es muy distinta la concepción que debe adoptar quien quiera continuar la lucha por la verdad y contra la alienación en el terreno político. Hay que pensar la política como defensa del surgimiento de un pedazo de sociedad nueva que se va concretando, y de una concepción del bien común que, a partir de esos brotes de sociedad nueva, se va haciendo visible. Se trata, en cierto sentido, de una concepción misionera de la acción política. Mediante ésta debe afirmarse el encuentro con cualquier experiencia auténtica humana. Esto implica la defensa concreta de lo nuevo contra el poder que trata de aplastarlo; e implica también la afirmación de nuevos parámetros y criterios para la acción política.

La **vida buena**, por qué no, la verdadera buena vida es aquella en la que el hombre puede conocer y vivir la libertad, es decir, afirmamos nosotros los cristianos, la relación abierta con Cristo; el bien común no coincide necesariamente con el máximo nivel de eficiencia del sistema social, ni tampoco con la maximización del producto interior bruto. Ahora bien, plantear el fomento de la posibilidad de encontrar y conocer a Cristo como criterio último de acción política, no significa en absoluto manifestar nostalgia alguna por el Estado confesional. El encuentro con Cristo es una gracia y, al mismo tiempo, un acto de la libertad del hombre. No se puede imponer, en modo alguno, sin desnaturalizarlo y falsificarlo.

Dios mismo ha querido sufrir hasta el límite la soledad de cada hombre justamente para respetar su libertad y convencerla solamente con la fuerza de un amor infinito. Precisamente por eso, **una concepción misionera de la política** pone en el centro la libertad, es decir, las condiciones que hacen posible y que dan valor a toda auténtica búsqueda humana de la verdad y, por tanto, a la posibilidad de encontrar un camino.

Justamente por eso, la política concebida como misión es una política para todos, por excelencia, una política para la libertad de todos: paradójicamente, para los que admiten la ideología dominante hoy, la batalla para salir del capitalismo es la batalla de la libertad, que alguien ha definido (Don Giussani), como la **capacidad de infinito**, la capacidad de Dios.

El punto de resistencia es la persona. El punto de resistencia es la persona, no hay otra cosa. Yo no creo que la propia dinámica económica del sistema no conduzca a nuevas formas de esclavismo y de migajas que mantengan contentas a sucesivas capas de esclavos como en el imperio egipcio, que duró milenios, o en el imperio romano que, en fin, duró menos, pero duró también. O sea yo no creo que las contradicciones del propio sistema constituyan el punto desde el que surja la rebelión, porque hay una cosa en medio que es la conciencia y el problema sustancial es la conciencia. Yo pienso que la destrucción que hoy se opera afecta al corazón mismo de la persona humana. Lo he dicho antes, estamos ante la mayor mutación antropológica jamás ocurrida. Se daña el origen del deseo mismo y por eso hay múltiples signos de retorno a una situación, digamos, de animalidad y de aceptación de la no libertad de mil formas, incluso de la aceptación de unas distancias infinitas en la capacidad de consumo, de tal manera que yo no tendré los tres coches americanos, pero tendré el Volkswagen que hoy tiene el brasileño, o el 4 L que tiene el colombiano, que mañana podrán tener más colombianos. Entonces, creo que la mediación fundamental es la persona humana, es el misterio de la persona humana; es decir que la única esperanza para mí la constituye una experiencia original, previa a esto mismo que constituye de nuevo a la persona en persona y es el cristianismo. Es decir, yo afirmo que los cristianos tenemos hoy la obligación de afirmar claramente que el cristianismo es el origen de la persona en la historia, y que con la desaparición del cristianismo (que es brutal, no soy nada optimista, ni comparto los análisis optimistas eclesiásticos que circulan en este momento sobre retornos religiosos, etc, etc), desaparece la persona. Es decir, yo creo que hay que sacar el cristianismo a la plaza pública, hay que decir: señores, con el hecho cristiano hay que discutir, sea usted o no creyente, haya tenido o no la gracia del encuentro personal con el misterio de Cristo, que yo manifiesto; es un hecho histórico, un acontecimiento real que está en la historia en el que cualquiera tiene que medirse.

Claudio Napoleoni, el más importante economista marxista occidental, el más importante economista del Partido Comunista de Italia, muerto hace cinco años, pensador del Partido Comunista italiano acaba de publicar su texto póstumo en el que, en conversación con Franco Rodamo y otros católico-comunistas italianos, replantea radicalmente y justamente cómo la instancia, él dice, desde la que es posible superar el sistema ya no es algo que surge de las propias contradicciones económicas de este momento. Por tanto, el hecho religioso, al que nos ha habituado la cultura moderna a pensarlo como un piso separado, como una cuestión del más allá que sólo tiene que ver con lo oculto, con lo misterioso, con lo imperceptible, y que efectivamente es todo eso, es también parte sustancial configurante de la realidad social tangible, experimentable; es una cuestión con la que hay que confrontarse con toda libertad para valorar o para redescubrir si efectivamente es posible o no es posible apoyarse en ese punto para reconstruir una presencia histórica auténtica.

Empero, el cristianismo no lleva al hombre a redescubrir ni a contemplar ninguna clase de valor; los valores, para una experiencia cristiana, son una

abstracción absoluta. Lo único que nosotros afirmamos es que ha habido en la historia una persona que ha encarnado el significado de toda la realidad y que esa persona sigue viva y que el encuentro con esa persona en el seno de la comunidad cristiana es lo que suscita de nuevo la persona en la historia; lo cual es muy distinto. A partir de ahí creo que nacen todos los valores. Pero si no hay una fuente que suscite a la persona, que la despierte a ser persona, la gente puede aceptar durante milenios ser esclava y reducir su nivel de vida y comprarse un monopatin de dos remos contentísimo... etc, etc. Hoy asistimos a ese rendirse, fundamentalmente frente al sistema, y no es una cuestión de esfuerzo moral de unos cuantos que encarnan unos valores en la historia, sino una cuestión más grave, es una cuestión del surgimiento mismo y del ponerse en pie de una persona que dice: ¡alto!; no soy simplemente un consumidor de una determinada energía, de mis instintos sexuales, ni una máquina para intercambiar con otros las condiciones materiales de mi existencia de una manera más o menos alta, más o menos baja, según la pirámide imperial moderna. No. Este es el problema: el de dónde arranca el deseo de ser, y ese deseo de ser de los cristianos pensamos que arranca de la presencia de Cristo. Y es ese encuentro personal con Cristo el que suscita de nuevo una posición que no se rinde, y lo que puede suscitar el despertar de una posición moral. Hay mucha gente que desde fuera del cristianismo empieza a comprender esta cuestión central, esta pretensión fundamental, que no es, insisto, un problema de encarar o no encarar valores, es más bien de buscar donde hay que permitir que la sorpresa cristiana se haga presente, se haga objeto, digamos, con el que encontrarse y discutir.

Yo creo que el ámbito cristiano, y no sólo cristiano, está invadido de gnosticismo; estamos en un auge neo-gnóstico total, es decir, en la búsqueda del significado de las cosas a través de la propia subjetividad humana. El cristianismo afirma que sucede la esperanza de ser persona fuera de nosotros. Fuera de nosotros. Que es un hecho que yo me encuentro, con el que me peleo, con el que puedo discutir y por tanto en la relación con ese hecho, digamos, el diálogo desde el hecho es lo que suscita la persona. No algo que yo arranco de mi propia subjetividad, etc, etc. Y esto está superinvadido, en el mundo cristiano y en el mundo extracristiano. Los Estados Unidos, el "American way of life" no es sustancialmente una propuesta sólo de civilización material, es una propuesta de civilización espiritual, gnóstica a fondo, no hay nada más que ver la explosión de los "new ages" y compañía en este momento como puntas del iceberg, pero el fondo de la cuestión es brutalmente gnóstico. Estamos en manos de ese movimiento en la historia que es exactamente la alternativa histórica al cristianismo. Es decir, el problema es: ¿hay una objetividad de lo real, hay una objetividad de la salvación, hay una objetividad del significado o es algo que yo me saco desde dentro?.

José Miguel Oriol
Arquitecto. Editor.